

La conversión de Agustín y nuestra conversión

Hablar de conversión y, más en San Agustín, es hablar de un largo y difícil proceso y un cambio de orientación en la vida.

Durante muchos años Agustín se sintió un ser fragmentado, roto. Buscaba la felicidad, buscaba a Dios, pero dice él: "lo buscaba mal". Según se iban sucediendo los años iba cambiando el objeto de su felicidad, pero cada vez se sentía más vacío e inestable.

Los primeros grupos de amigos, los juegos, el teatro, el amor, el orgullo, el llegar a meta soñadas por él, ídolos con pies de barro que se rompían a su paso. Y así "me veía despeñado, derramado, diluido" (II,2,2), "me alejé de ti y anduve errante y me convertí en un paraje miserable" (II, 10,18).

Desde que Agustín siente que comenzó a levantarse para iniciar el retorno a Dios, con la lectura del Hortensio de Cicerón, (III, 4, 7) pasa por muchas encrucijadas.

El peso de la costumbre, de lo que había vivido anteriormente retenían su voluntad, "de este modo mis dos voluntades, una vieja y otra nueva, una carnal y otra espiritual, peleaban entre sí. Este antagonismo destrozaba mi alma" (VIII, 5,10) ¿No puede también, con nosotros, la costumbre?

Es la aceptación de Jesús como hijo de Dios lo que le ayudará a dar el paso definitivo hacia la conversión "rompiste mis cadenas". Porque hacerse cristiano, convertirse, no es sólo volver a Dios sino creer en Jesucristo. Agustín hasta que no cree en él, hasta que no lo acepta en su vida no se considera cristiano, ni convertido.

Agustín y todo aquel que quiera iniciar seriamente un proceso de conversión hacia Dios tendrá que dar los siguientes pasos pasando:

- **De la fragmentación a la unidad:** "También espero que me recompongas de la fragmentación en que estuve escindido al apartarme de ti, que eres la unidad" (II, 1, 1)
- **Del extravío al reencuentro:** "Pero ¿dónde estaba yo cuando te buscaba? Ciertamente que tú estabas delante de mí, pero como yo había huido de mí mismo, no me encontraba. ¿Cómo iba a encontrarte a ti? (V, 2,2)
- **De la inestabilidad a la seguridad:** "Lo que ahora andaba buscando no era una mayor certeza de ti, sino una mayor estabilidad en ti (VIII, 1, 1)
- **De la esclavitud a la libertad:** "Rompiste mis cadenas, te ofreceré un sacrificio de alabanza" (VIII, 1, 1)
- **De la vacilación a la decisión:** "Me convertiste a ti de tal modo, que ya no me preocupaba de buscar esposa ni me retenía esperanza alguna de este mundo" (VIII, 12, 30)
- **De lo que es costumbre a la novedad:** "Mi alma sentía verdadero pánico de verse apartada de la costumbre que la consumía hasta matarla" (VIII, 7, 18)

¿Estamos dispuestos a iniciar nuestro proceso de conversión profunda, verdadera?, ¿Qué nos retiene?

Confesiones de san agustin

San Agustín siente que su gran deseo es alcanzar la felicidad. Esta primera constatación lo conduce a meditar sobre un hecho primordial que se da y en el que se encuentra el ser humano: "Sin duda alguna toda persona aspira a ser feliz" (III 2, 3). Nos da cuenta detallada de sus vaivenes: "Entonces me dejaba arrastrar por esta clase de vanidades" (I, 18,28), "siguiendo los impulsos de mi dispersión"... "dominado por el deseo de ser aplaudido por los hombres"... "de tener éxito" (II, 1, 4) ... "de situarme en una clase social alta" (III 5, 9) y sobre todo de amor sexual: "amar y ser amado era mi obsesión... sobre todo si lograba disfrutar del cuerpo de la persona amada" (II, 2,2; III, 1, 1).

Agustín no puede evitar preguntarse **qué clase de felicidad estaba buscando en la vida y dónde esperaba encontrarla**. La respuesta se pierde en una marea de cosas difíciles de resolver. El confiesa: "amaba la vida feliz, pero me asustaba verla en su propio lugar y la buscaba huyendo de ella" (VI, 11,20). Agustín, igual que el hombre moderno en una cultura de la individualidad, definía la felicidad con sus propios términos. Buscaba una felicidad, que de ninguna manera lo llega a realizar completamente. Desde su primera juventud, dice que estaba "empeñado con euforia en seguir mis caminos, no los tuyos, gallardeando de una libertad propia de fugitivos" (III 3,5).

La dispersión, el desorden interno que experimenta Agustín en su vida nos lleva a considerar nuestra propia dispersión, nuestro estado actual y los caminos recorridos que nos condujeron hasta aquí; los motivos de nuestra dispersión y extravío. Las causas que han deformado nuestra imagen y nuestra hermosura ¿Quién soy yo y cómo soy yo? ¿Dónde estoy y cómo te busco? ¿En qué cosa me he convertido? Todos nosotros constatamos en nuestro interior el fuerte deseo por ser feliz. Todos deseamos vivir en paz, en tranquilidad; día y noche luchamos por alcanzar este equilibrio donde encontramos estabilidad. Agustín le llama a esto apetito natural, un deseo profundo que lo llevamos inscripto en nuestro corazón desde que nacemos. Pero no siempre los caminos recorridos nos conducen a ella. Intentamos e intentamos tercamente; nos rompemos la cabeza y el alma e insistimos en conseguir algo que más que realizarnos, nos deja cada vez más vacío. Sedientos de felicidad nos lanzamos a la caza furiosa de poder, de reconocimiento, de aplausos, de honores, como si estas cosas conseguirían colmar nuestro vacío interior, cuando vemos que no hacen otra cosa que aumentarlo y aumentar nuestra angustia y tristezas.

Entrar en el santuario interior nos permite hacer esto con el fin de clarificarnos, unificarnos y reducir las tensiones que experimentamos en nuestro interior fruto de una voluntad dividida. Pero para llegar a alcanzar esta armonía interior, debemos reconocer, individuar, dar nombres y enderezar estos deseos o impulsos que, dispersándonos y fragmentándonos, nos apartan del camino que nos conduce a la verdadera felicidad y nos da esa paz y tranquilidad que tanto deseamos.